

tos hay que reciben de Dios beneficios sin cuento, y endurecidos levantan su calcañar contra su divino Bienhechor, hollando su santísima sangre!

¿Y te hallarás tú entre estos, alma mia? El Hijo de Dios se ha humillado infinitamente por tí; míralo postrado á tus piés para lavártelos, para purificarte de todas tus iniquidades. ¿Permitirás que se levante sin llevar el consuelo de tu docilidad? ¿Serás tan de piedra que no te conmuevas, que no te derritas en lágrimas de dolor y de amor, á un amor tan sublime? ¡Jesus mio! Si preveis que semejante caso ha de llegar, quitadme la vida, porque más quiero morir que ofenderos. Vos sois mi Rey y mi Señor, y yo un pobre miserable; ya que os dignais visitarme, haced lo que hacen los grandes del mundo cuando van á casa de un desgraciado indigente, enviando ántes cuanto es necesario para hospedarse en su desmantelado hogar. Dadme, pues, vuestra gracia; yo os entrego mi corazón, mi alma, mis potencias; santifica, pues, tu habitación, ¡oh buen Jesus! purifícala de la malicia, y llénala de la gracia; así, comiendo tu sagrado Cuerpo, viviré de tí, viviré por tí, llegaré á tí, y descansaré en tí. (S. Aug. Mann., cap. xi.)

MEDITACION V.

Jesus instituye el Santísimo Sacramento.

1.º Despues de haber Jesucristo ejecutado un acto de tan profunda humildad como fué lavar los piés á sus discípulos, volvió á ocupar su asiento en medio de ellos, para dar fin al Testamento Antiguo, trasladando á la vez el sacerdocio y la ley, é instituir aquel sacrificio inmaculado que habia anunciado Dios por su Profeta que se le habia de ofrecer en toda la tierra. Cuán grande sea este acto heroico del amor de Jesus, lo exprime el Evangelista

diciendo que habiendo amado Jesus á los suyos, en el fin de su vida los amó con especialidad. Porque realmente en la institucion del augusto sacrificio del altar, Dios, como explica nuestra santa Madre Iglesia, parece que abrió las cataratas que encerraban su misericordia, y derramó de una vez todas las riquezas de su amorosa piedad. (Tridentino, sesion 13, cap. ii.)

Si pudiéramos hablar de Jesus como hablamos de los hombres, diríamos que su corazón se veia comprimido entre dos deseos que lo atormentan, queriendo volver á su Padre y quedarse al mismo tiempo con sus hermanos. En efecto: Jesus se halla en vísperas de cumplir su misión, despues de la cual resucitará triunfante y subirá á los cielos á sentarse á la diestra de su Padre; pero si el derecho que tiene á la gloria del Padre por su generacion eterna lo llama al cielo, el amor infinito que profesa á sus hermanos los hijos de Adán lo arrastra hácia la tierra, donde les ha prometido que ha de estar con ellos hasta la consumacion de los siglos. Estos dos afectos animan el corazón de Jesus, y lo atormentarian por la imposibilidad de su realizacion, á no ser Jesus al mismo tiempo Dios y hombre. Concluyó, pues, de abrir en esta ocasion los tesoros de su Sabiduría increada, poniendo en práctica lo que desde la eternidad le prometia y daba su Padre con la generacion, el sacerdocio segun el orden de Melquisedech; sacerdocio que habia de ejercer en su sagrada humanidad, no tomando ni víctima ni sangre ajena, sino la suya propia, para que, identificada la víctima con el sacerdote, aplacase con un solo acto al Padre airado, se sentase luégo á su diestra, viviendo siempre para interceder por los hombres, y estuviese al mismo tiempo con éstos, cumpliéndose así tambien la voluntad del mismo Padre, que era dar cuanto tenía á los hombres, dándoles su Hijo. (Roman., cap. viii, vers. 32.)

Para llenar cumplidamente este deseo de quedarse con

los hombres hasta la consumacion de los siglos, Jesus determina instituir el sacrificio de la Eucaristía, convirtiendo en su cuerpo la sustancia del pan y en su sangre la sustancia del vino, para que los hombres lo reciban bajo las especies de aquellas dos sustancias que ya no son ni pan ni vino, sino el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo. Así, en su infinita sabiduría, concilia Dios lo que no puede comprender la razon humana estando á un mismo tiempo Jesucristo todo entero sentado á la diestra del Padre, y todo entero tambien bajo los accidentes del pan y del vino; de manera que quien come este pan de los ángeles, recibe el cuerpo mismo que murió en la Cruz, la sangre que empapó el Calvario, y juntamente viene á él aquella alma que tan afligida se vió en el huerto, tan humillada en los tribunales iníquos, tan abatida en el camino del Gólgota, y tan desamparada en su agonía. Y lo que más es, lo que tiene extáticos á los serafines, que envidian la dicha del hombre, es que ni el cuerpo, ni la sangre, ni el alma de Jesus pueden convertirse en alimento del hombre, sin que al mismo tiempo reciba junto con la naturaleza humana la divina, la persona del Verbo, el esplendor de la gloria del Padre, la divinidad toda entera.

Llega á tal exceso el amor de Dios hácia el hombre, que se ha puesto un límite del cual no puede pasar despues de haber realizado esta obra. Sí: Dios es sapientísimo, Dios es omnipotente, Dios es riquísimo; pero habiendo instituido el Santísimo Sacramento, nada más puede inventar su sabiduría, nada más puede ejecutar la fuerza de su brazo, nada más puede dar de sus tesoros; hasta este momento nos diera su gracia y sus bienes; ahora se da á sí mismo con su divinidad, con su omnipotencia y todos sus atributos. ¡Oh amor infinito de nuestro adorado Jesus! Al considerar esto, hay para decirle con Santa María Magdalena de Pazzis: *Jesus mio, ¿tú estás*

loco para hacer tales excesos? Sí; Jesus está tan enamorado de los hombres, que parece que ha perdido el juicio por ellos. Cuando dos almas que se aman se separan, se dan mutuamente algun recuerdo; pero Jesus, al separarse de los hombres, se da todo á ellos, no para que lo tengan presente tan sólo, sino para que lo coman y se vuelvan en cierto modo concorporales y consustanciales á Él, alimentándose de su misma sustancia. (S. Cyrill. Hierosolim., *Chateques. Milag. 4.*)

¡Ay, Dios mio! Cuando pienso en tu amor, mis pecados se me presentan con toda su enormidad, y no sólo digo con el Centurion del Evangelio que no merezco que vengais á mi pecho, sino que me contemplo indigno hasta de hablar de tan estupenda maravilla de tu infinita caridad. Yo me humillo, Señor, ante tu majestad infinita, y quisiera anonadarme para merecer el perdon de mis ingratitudes. ¡Dios se me da todo entero, y yo no me entregaré todo á Él! ¡Ah! Sólo el pensarlo me horroriza; quiero, pues, ser todo de Jesus, dándole cuanto soy, cuanto tengo, cuanto valgo, y consagrándole hasta el más mínimo afecto de mi corazon, pues sólo así corresponderé al amor infinito que Dios me tiene y me manifiesta en la institucion del Santísimo Sacramento.

2.º Acercándose, pues, el momento de ejecutar la inexplicable institucion de la Eucaristía, Jesus da gracias á su Eterno Padre, y tomando el pan en sus benditas y venerables manos, lo consagra diciendo: *Este es mi cuerpo*; y tomando el cáliz y bendiciéndolo tambien, dice estas palabras: *Esta es mi sangre*; y diciendo y haciendo, reparte una y otra cosa á sus discípulos, diciéndoles: *Tomad y comed de él todos, y bebed tambien de esta sangre, que será derramada, y haced esto siempre en memoria mia.* Dicho esto, se ha realizado la obra más estupenda del amor divino.

Debemos considerar cuándo instituye Jesucristo esta

sagrada Mesa, y la materia de que se vale, para que comprendamos que en Jesus todo es amor, todo tiende á la union, y todo respira caridad. En la misma ciudad de Jerusalem, quizás no léjos del Cenáculo, se han reunido los príncipes del pueblo, y han decretado la muerte de Jesus; y quizás tambien en el mismo momento de la cena eucarística, cuando Jesus, lleno de paz y amor, está regalando á sus discípulos con el suavísimo manjar de su cuerpo, sus enemigos discuten sobre los medios conducentes á apoderarse de su persona para darle muerte; es decir, que cuando los hombres maquinan contra Jesus injusticias, afrentas, deshonor y muerte, Jesus, que lo ve todo, léjos de enojarse contra ellos, abre el tesoro más oculto de su amor, y se lo da entero. ¡Oh bondad infinita! ¡Oh caridad admirable! Aquel amor de Jesus, que ardia de continuo al acercarse á su fin, levanta sus llamas y las derrama por todas partes como un volcan largo tiempo comprimido; y ni las aguas de nuestros pecados, ni el hielo de nuestra obstinacion, pueden apagar este fuego.

Por eso Jesucristo escogió para materia de esta mesa sagrada lo que mejor que todo significa su pasion por una parte, y por otra el gran objeto de la institucion: ántes que el pan sea verdaderamente pan que alimente al hombre, es triturado, molido, amasado y cocido al fuego: así Jesucristo, para ser pan de vida, es triturado en su Pasion santísima, es atormentado de mil maneras, hasta que espira á fuerza de tormentos. Del mismo modo para formarse el pan es necesario que concurren muchos granos que, unidos, no forman sino un cuerpo sustancioso; así como para hacer el vino es necesario exprimir muchos granos, formando del jugo de todos el precioso licor que alegra el corazon humano. Por lo tanto, Jesucristo quiere que los hombres sean todos una misma cosa en la caridad y union santa, y nos manda que si al acercarnos al altar nos acordamos que no estamos unidos á nuestro herma-

no con caridad perfecta, vayamos primero á reconciliarnos con él, y volvamos despues á recibir este don precioso. (Math., cap. xv, vers. 23.)

¡Oh Sacramento de piedad! ¡Oh signo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad! exclama San Agustin. (*In psalm. xxi.*) ¿Qué cosa habrá que nos pueda apartar de Jesus? El Padre eterno, para demostrarnos su amor, nos ha dado á su Hijo; este mismo Hijo, para manifestarnos cuánto nos ama, se nos da todo entero, sin que lo retraigan nuestras culpas. ¿Quién dudará, pues, de la piedad divina? La Pasion de Jesucristo es el fundamento de nuestra esperanza. ¿Qué motivos tan eficaces no tenemos, pues, en el Santísimo Sacramento para esperar nuestra salvacion eterna, cuando sabemos que Jesucristo lo instituyó para que fuese una memoria perenne de lo que sufrió por salvarnos! Algunas veces mi alma se abate y se llena de amargura, pensando, y con motivo, que no soy digno de ir al Paraiso, por lo mucho que he ofendido al Señor; temo, me horrorizo de mi ingratitud, tiemblo, y me digó á mí mismo: «¡Ay! ¿Quién sabe si Dios me perdonará tantas ofensas, y me salvará de caer en el infierno?» Pero al momento vuelvo mis ojos al augusto Sacramento, y veo allí á mi amado Jesus, que me está esperando con cariño, convidándome con su gracia y con el manjar celestial.

Todo cuanto hace Jesus al instituir el Santísimo Sacrificio de su cuerpo, me demuestra que mi esperanza no es infundada; Jesus da gracias á su Eterno Padre por haber llegado á aquella hora; Jesus se da á sus discípulos para que se alimenten con Él, mandándoles que renueven este mismo convite cada dia en memoria del infinito amor que les tiene: lo que más deseaba Jesus era llegar á este momento, en que va á darse en alimento al hombre; lo que es más amargo para Jesus, que es su Pasion, quiere que se lo hagamos presente siempre que lo recibimos. ¿Y para qué? Para perdonarnos por los méritos

de aquella sangre derramada en la Cruz. Yo te bendigo, ¡oh Jesus mio! por tus misericordias, pues sé que en tu santísimo cuerpo y sangre tengo la salud, y la vida, y la prenda de la gloria.

3.º Hay en el amor de Jesucristo hácia los hombres una circunstancia que le da un valor incalculable además del que tiene, por provenir de una persona infinita, y es esta circunstancia el haberse humillado todo un Dios hasta el extremo de anonadarse: y es tan inherente esta circunstancia á quanto hace Dios por salvarnos, que sin ella parece que no puede ni principiarse ni concluirse la obra de la Redencion. En todas sus operaciones es inconcebible esta humildad; pero al llegar al momento de la institucion de la Sagrada Eucaristía, es ésta tan grande, que su sola enunciacion paraliza los más encumbrados espíritus angélicos; al considerarla con atencion, entra el alma en una especie de admiracion extática, no sabiendo qué ponderar más, si nuestra indecible ingratitud ó la inefable bondad de Dios; si el poco aprecio que hacemos de nuestras almas, para cuya salvacion han sido necesarias las humillaciones de un Dios, ó la dignacion de este mismo Dios en amarnos tanto.

Para tomar nuestra naturaleza, fué necesario que Dios se humillase, ocultando la gloria y majestad infinitas bajo el tosco ropaje de la humanidad, y encerrando aquella grandeza, que no cabe en el ámbito de los cielos, en la estrechez de un cuerpecito; pero al instituir el Sacramento en que va á convertirse en alimento del hombre, las humillaciones crecen y son mayores que cuando tomó carne humana, para comunicar su gracia al mundo y enseñarle el camino del cielo. Allí se oculta la divinidad, aquí se esconde hasta la humanidad; allí se humilla Dios á hacerse hombre, aquí se humilla á darse en comida y en bebida al hombre.

Al hablar la esposa de los Cantares de la visita de su

amado, dice que viene éste saltando por los montes, atravesando collados (*Cánticos*, II, 8), y que está tras de la pared mirando por las ventanas, acechando por las celosías. Qué saltos sean éstos que ha dado Jesucristo al bajar á visitar á la humanidad, lo explica San Gregorio el Magno diciendo que saltó del cielo á las entrañas de una Vírgen, de su seno á la Cruz, de la Cruz al sepulcro, y del sepulcro al cielo. En todos estos saltos las humillaciones crecen; en el vientre de su Madre se hace pequeño, siendo inmenso; en la Cruz se hace anatema, siendo el resplandor eterno, y en el sepulcro aparece como corruptible, siendo Dios inmortal; la primera humillacion es infinita. ¡Dios mio! ¿Qué serán las que la siguen? Pues bien; faltaba una para satisfacer las exigencias del amor de Jesus para con los hombres, y era dar el último salto, viniendo á sepultarse vivo en el pecho de los hombres para convertirse en su alimento.

Se admira uno al ver la dulzura con que Jesus habla á los fariseos, que sólo se le acercan para tentarlo; se pasma al contemplar aquella bondad con que Jesus se deja dar de Judas el beso más cruel que han estampado lábios humanos. ¿Quién no se sobrecoge al ver á qué extremo de humillaciones se reduce Jesus al instituir el augusto Sacramento del altar? Si fuese sólo el conversar con los hombres, el enseñarles los preceptos celestiales, era ya una dignacion asombrosa; pero al mismo tiempo la sabiduría eterna se complace en ello, teniendo sus delicias en tratar con los hombres. (*Proverb.*, VIII, 31.) Mas ¡darse en alimento á cada uno de los hombres! ¡Venir á su pecho á unirse con el hombre con una union íntima y concorpórea! ¡Ah! Así como faltan al entendimiento humano las fuerzas para comprender los misterios divinos, así faltan voces á la lengua para explicarlos. A pesar de ser María más pura que los serafines, Dios se humilló infinitamente, descendiendo á su deseo virginal. ¡Qué humi-

llacion será la de un Dios que viene á encerrarse en una partícula, que de ahí pasa al pecho humano para ser quizás arrojado en un rincón de este Santuario, donde hay tantos ídolos cuantos son los vicios y pasiones desarregladas! Preciso es confesar que el amor de Jesucristo para con los hombres es, no sólo tan fuerte como la muerte, sino infinitamente más fuerte que cuanto hay fuera de Dios, pues no pudieron apartarle de quedarse con los hombres en la Eucaristía, ni los ultrajes que había de recibir en los templos, ni los desprecios con que lo habían de tratar muchísimos hombres, recibéndolo en sus pechos inmundos.

Se ve, pues, que Jesus, al instituir la Sagrada Eucaristía, no respira sino amor y humildad; y si esto hace Jesus por cada uno de los hombres, debemos nosotros corresponder al amor infinito, no dando ni una partecita siquiera de nuestro afecto á ninguna criatura, sino consagrándolo todo entero á Dios. Y supuesto que vemos que el amor de Jesus se manifiesta y desarrolla entre las humillaciones voluntarias, si nosotros queremos amar al Señor, hemos de pensar que no somos más que miseria y nada, hemos de sufrir con paciencia las afrentas y persecuciones, y llevar con resignacion los trabajos de esta vida, alegrándonos, como hacía San Pablo, en las adversidades.

¡Oh Jesus mio, cuyo amor arrebató nuestros corazones, cuya humildad enamora á los espíritus! Confieso que he vivido inicuamente, y por mi malicia y soberbia he carecido de aquel amor que debía abrasar mi alma, convirtiéndola en esposa tuya. Pero ya que deseo amarte y sé que este deseo me viene de tí, completad la obra, amabilísimo Redentor, aumentando más y más vuestra gracia en mí, y con ella yo seré todo tuyo, fundado en humildad y abrasado en caridad.

MEDITACION VI.

Jesus da la Sagrada Comunión á los Apóstoles.

1.º Si alguna vez ha de exclamar el hombre diciendo que son inapelables los juicios de Dios, es al considerar lo que ocurre en la última cena de Jesucristo con sus discípulos. ¿Quién pudiera imaginarse que el mismo Sacerdote eterno iba á ofrecerse á sí mismo en holocausto, inmolándose á sí mismo, destruyéndose á sí mismo como víctima, para atestiguar el supremo dominio de Dios sobre todas las cosas criadas, y aún sobre su Hijo humanado? ¿Lo hubieran podido rastrear los ángeles? ¿Se lo hubieran podido imaginar los hombres? Sin embargo, así sucede; apenas Jesucristo ha instituido el augusto Sacramento, declarándose á sí mismo Sacerdote constituido para siempre según el orden de Melquisedech, lo ofrece en sacrificio á su Eterno Padre, bajo las especies de pan y vino, y ántes de entregar este mismo cuerpo y el precioso cáliz á sus apóstoles para que lo reciban, él mismo lo toma, y lo come y bebe también de la sagrada copa, inmolándose á sí mismo dentro de sí mismo. (S. Thomas: 3.ª part., quæst. 81, art. 1.)

Jesucristo va á ofrecer á su Eterno Padre un sacrificio sangriento en la Cruz, efectuándose en este altar cuanto es necesario para la inmutacion real de la Víctima, separándose la sangre de la carne y el alma del cuerpo, aquello por medio de los tormentos y esto por medio de la muerte. Pero para la consumacion de este sacrificio habían de concurrir como instrumentos de la obra, llevados á ello por su propia malicia, los hombres malos y perversos. Jesus no quiere que llegue ese caso sin que primero ofrezca Él mismo el sacrificio en cuya inmolacion es el ministro y el sacerdote el amor. Son diversos estos